

# Sueño y creación poética

El sueño, su importancia y su posible significado, fueron motivo de inquietud y tratados desde la más remota antigüedad. En general, las creencias tradicionales entienden el sueño como algo ajeno al sujeto, una intromisión del mundo de los dioses, en forma de mensaje o de aparición de la divinidad misma. Por eso, el sueño fue cargado desde antiguo con poderes mágicos (curativos, sobre todo) y proféticos. Es Aristóteles quien invierte el razonamiento y sostiene que el sueño no viene de fuera y que es una manifestación de la naturaleza humana. De esta forma, el sueño pasa a ser un evento psíquico y se abre la vía que, a través de los siglos, conduce hasta Freud y su interpretación de los sueños como acceso principal al estudio del inconsciente.

En este sentido, es particularmente importante Artemidoro de Efeso o de Daldis, que se supone vivió en el siglo II de nuestra era y escribió la *Onirocrítica*, que podemos considerar una sobredeterminación de Freud porque investiga el contenido latente de los sueños, aunque les adjudica tipologías fijas que se inclinan, más bien, hacia lo que será la psicología de los arquetipos de Jung. El libro de Artemidoro circuló por Europa a partir de la edición veneciana de 1518.

Macrobio (siglo IV) comentando *El sueño de Escipión* de Cicerón, efectúa la primera y ahora canónica clasificación de los sueños: enigmáticos, proféticos, oraculares, insomnios (visiones oníricas de hechos de la vigilia) y fantasmas (lo que hoy llamamos duermevela o imágenes hipnagógicas o hipnopómpicas). Las dos últimas categorías de sueños carecen de significado.

San Agustín (siglo V) en sus *Confesiones* sigue a Aristóteles, en el sentido de que los sueños se producen en nosotros y no a través de nosotros. Esto plantea el problema teológico y moral de los sueños: ¿quién sueña? ¿qué sueña? La conclusión agustina es que no somos responsables de nuestros sueños, a pesar de que tienen lugar en nuestro interior. Es como si los soñara otro.

Una primera aproximación científica al sueño la hallamos en *Del sueño y la vigilia* de San Alberto Magno (siglo XIII). Hay, para él, una virtud o fuerza viril imaginativa que opera en el sueño y es el resultado

de la mezcla entre la materia y la energía estelar. Por la misma época, Alfonso el Sabio, en su *Setenario*, alude a una potencia similar, llamada espíritu vital, que actúa mientras el cuerpo duerme y reposa, procesando sentidos análogos a los de la vigilia.

En el Renacimiento domina una concepción naturalista del sueño. La medicina lo seculariza y lo trata como el resultado de las indigestiones y los malos humores. Así puede verse el tema en los libros de Burton (*Anatomía de la melancolía*) y Hobbes (*Leviatán*). Pero ya por esa misma época, Montaigne contradice esta dirección y concibe el sueño y el delirio como saberes producidos por lo que hoy llamaríamos una actividad psíquica inconsciente. El sueño piensa, nos piensa y pensamos en él, de modo que no cabe considerarlo como una cantidad desdeñable de hechos opacos.

La Ilustración tampoco concede mayor importancia al sueño, episodio meramente somático y carente de sentido. Kant, más modestamente, lo considera un misterio. Goya, en su famoso grabado, intuye una relación entre el sueño de la razón y la aparición de unos monstruos que tanto pueden ser engendrados por la razón misma como por su ausencia, que hace caer los controles de la mente y deja escapar dichas figuras monstruosas.

Con los primeros atisbos del romanticismo los criterios se invierten y se abre un ancho campo de consideración del sueño como significativo, que culminará en Freud. Ya Lichtenberg, en sus *Aforismos*, comienza a considerar el sueño como productor de sentido, comparable a la vida psíquica de la vigilia.

En el romanticismo, el sueño cumple un rol protagónico. Un examen minucioso de las fuentes sería muy prolijo y prolongado. Al respecto es conveniente consultar el bello y espléndido libro de Albert Béguin *El alma romántica y el sueño* (edición castellana del Fondo de Cultura). Rescato algunas informaciones de especial importancia para nuestro tema. Fichte, por ejemplo, adjudica al sueño una función catártica y autocurativa. Von Schubert establece una analogía entre el mito (creación inmemorial y colectiva), la poesía (creación individual) y el sueño, lo cual es relevante para comprender la posterior teoría simbolista de la invención poética, que Mallarmé concibe como una desaparición elocutoria del sujeto que cede la iniciativa a las palabras. En el extremo de este campo, algunos románticos llegan a considerar que nuestra verdadera identidad habita en una suerte de país del sueño (lo rehabilitarán los surrealistas), al cual tenemos un acceso retaceado y fragmentario. La consciencia y la personalidad «normal» o social resultan ser meros epifenómenos del sueño.

Como antecedente inmediato de Freud hay que destacar a Schopenhauer, quien pone en duda la existencia de una nítida frontera entre el sueño y la

vigilia, entendiendo que ambas son manifestaciones del querer (*Willen*), lo que hoy denominaríamos deseo, es decir una voracidad universal cuyo objeto es el absoluto. La diferencia entre el sueño y la vigilia es que ésta admite relaciones entre causas y efectos, o sea entre acontecimientos necesariamente sucesivos. Dice Schopenhauer: «La vida y los sueños son hojas de un mismo libro. Su lectura simultánea significa la vida real». Los sueños forman parte de nuestra experiencia, es decir de nuestra historia, con lo que el filósofo alemán vuelve a un topos relevante del barroco (Calderón, Shakespeare): la vida es sueño, estamos hechos con la madera de los sueños. El enigma del definitivo despertar pertenece a la metafísica, que establece dónde se sitúa lo realmente Real. Si la vida es un largo sueño, el despertar es la muerte, a cuyo más allá no tenemos acceso, lo cual equivale a decir que no tenemos acceso a eso definitivamente Real.

En general, los románticos atribuyen al sueño un sesgo creativo. Jean Paul lo considera como la tierra materna de la fantasía, lo que él llama poesía involuntaria o canto del alma (en alemán, *Seele* es palabra que designa indistintamente lo que en español podemos distinguir entre alma y psique).

Hölderlin, en su novela *Hiperión*, formula su célebre definición: «El hombre es un dios cuando sueña y un mendigo cuando reflexiona». A su vez, Baudelaire verá en el sueño una escritura jeroglífica, descifrable aunque hecha para no ser entendida por los profanos, ajenos a su mundo, para proteger sus significados. Todas estas aproximaciones nos van acercando a Freud, que hará una síntesis de intuiciones románticas y desciframiento racional del sueño.

Por la época de Freud, hay dos elaboraciones que tienen su importancia porque se trata de trabajos similares al freudiano y revelan un perfil de la época, integrando al psicoanálisis en la gran experiencia de crítica del signo que se produce en el último cuarto del siglo XIX.

Henri Bergson elabora una diferencia estructural entre la vida vigil (dominada por la continuidad del tiempo lineal, físico y objetivo) y la actividad onírica (donde reinan la fragmentación del tiempo, la escisión del yo y, por consiguiente, la discontinuidad de un tiempo intermitente y calificado: la duración). Para James Sully, por su parte, en el sueño volvemos al origen, desandando fulminantemente el tiempo histórico, nos despojamos de toda cultura y nos ponemos en contacto afectivo con el mundo como totalidad, con la schopenhaueriana y wagneriana alma del mundo. Recordemos la famosa muerte de amor de Isolda, en la ¿ópera? de Wagner, donde la protagonista se muere de gozo y experimenta el supremo placer del orgasmo, la pequeña muerte: confundirse con la Unidad, o sea, precisamente, con el alma del mundo.

De la teoría de Freud sobre la *Deutung* del sueño (estudio de sus significados y también de su importancia) rescato algunos elementos que se

pueden considerar estructuralmente análogos a una teoría de la invención poética.

Hay, por ejemplo, una diferencia entre el pensamiento onírico y el contenido del sueño. Este es un constructo de imágenes que traduce al anterior y que, a su vez, hay que retraducir en el relato de la vigilia y su interpretación. No tenemos acceso directo al pensamiento onírico, como tampoco tenemos acceso al sentido último/primero y definitivo de la palabra poética, que es un significante intermitente y también incesante.

La interpretación freudiana del pensamiento onírico es el resultado de una doble traducción de un texto escrito en unos étimos para siempre perdidos, lo cual equivale, en la teoría del simbolismo, a la traducción metafórica de esa lengua central y única que falta en el lenguaje. Cabe subrayar que en su texto Freud usa indistintamente las palabras *Übertragung* y *Übersetzung*, que en alemán corriente son sinónimos, pero que en posteriores elaboraciones freudianas se distinguen como transferencia y traducción, es decir una misma operación situada en contextos distintos: la sesión y la traducción textual, con un sujeto real presente y otro, ausente.

El sueño freudiano se vale de dos operaciones retóricas clásicas: la *Traumverschiebung*, deslizamiento onírico, metonimia o sustitución de un término por otro, que lo oculta y lo señala a la vez; y la *Traumverdichtung*, poetización o adensamiento o engordamiento onírico, metáfora, o sea comparación de dos signos que han sido amputados de su término de comparación (el como-si) y forman una entidad semiótica nueva. Freud considera que estas dos estratagemas retóricas son los maestros de obra de la construcción onírica, o retraducción del pensamiento onírico, que tiene el aspecto de un constructo arquitectónico visto por un poeta, a partir de una fachada en la que se anuda el hilo que conduce hacia las cámaras interiores, las distintas instancias del sueño. Con lo que volvemos a la poética del inconsciente de los románticos.

Hay otro elemento estético relevante en el razonamiento de Freud, cuando dice que la censura *enstellt* el sueño (*enstellen* quiere decir deformar o afear una cosa). Interpretar un sueño es conformarlo, restablecer, si se quiere, la bella forma original del sueño, su contenido formalizado en la lectura de la elaboración vigil. El pensamiento onírico que opera en el contenido del sueño ha de ser alcanzado por medio de una producción análoga a la producción de una obra de arte, un trabajo de la imaginación que halla en su tarea la norma conformadora que lo posibilita. Su reconstitución estética, si se quiere. Una pragmática del discurso.

La simbólica del sueño es un vestido que el restaurado pensamiento onírico procede a despojar, dando acceso a un cuerpo inaccesible, producto de una tarea imaginativa. El destape es también una tarea estética,